





Una pizca de locura



Ruth Rendell

Una pizca de locura

Introducción de **Sophie Hannah**

Traducción de **Susana Carral**



menos**cuarto**

Título original: *A Spot of Folly*

Copyright © 2017 by Kingsmarkham Enterprises, Ltd
© de esta edición, Menoscuarto [E. Cálamo, S. L.], 2020
© de la traducción, Susana Carral
ISBN: 978-84-15740-61-2
Dep. Legal: P-1/2020

Diseño de colección: Echeve
Ilustración de cubierta: Claudia Sobradillo Cubero
Corrección de pruebas: Beatriz Escudero

Impresión: Gráficas Zamart (Palencia)
Printed in Spain – Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES
Pza. Cardenal Almaraz, 4 - 1.º F
34005 PALENCIA (España)
Tfno.: (+34) 979 701 250
correo@menoscuarto.es
www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Introducción

En sentido estricto, cuando me pidieron que escribiese la introducción a este conjunto de relatos de Ruth Rendell, tenía que haber dicho que no. Al ser una ferviente admiradora de Rendell, me sentí terriblemente tentada, pero me encontraba inmersa en otros proyectos y agobiada por las fechas de entrega. Estuve a punto de decir que no, hasta que recordé que leer a Ruth Rendell fue lo que hice durante años mientras se suponía que estaba haciendo otras cosas más agobiantes y desmoralizadoras. Leer a Ruth Rendell me salvó del aislamiento y la desilusión durante mi época de estudiante. Además, si decía que no, tendría que esperar a la fecha de publicación para disfrutar de estos apasionantes relatos cuya existencia desconocía, mientras que si aceptaba, podría leerlos de inmediato. En resumen: fui incapaz de resistirme.

Descubrí a Ruth Rendell cuando, en su lugar, debería estar trabajando. Durante el año previo a la universidad, trabajé para la Manchester Theatres Limited como repartidora de folletos que anunciaban nuestros espectáculos por el centro de la ciudad. Sin embargo, cometer la infracción

de ir de compras era mucho más divertido, así que un día, en lugar de repartir folletos entré en la librería Hatchards. Allí encontré dos hileras completas de novelas de Ruth Rendell. Tras una primera ojeada a las notas y citas promocionales supe que iba a pasar mucho tiempo con aquella escritora. Compré *Dedicatoria mortal*, la primera novela de la serie del inspector Wexford, y me encantó. Pero entonces debí de distraerme con otros asuntos porque no leí más de inmediato. Hay que ser tonta.

Un año después me fui a la universidad, aunque no me apetecía estar allí: me había equivocado de curso porque lo elegí basándome en lo que otros me decían que se me daba bien y no en lo que yo quería hacer. Estaba muy deprimida. No exagero cuando digo que comprar los libros de texto para ese curso me hizo sentir físicamente enferma. La buena de Ruth Rendell acudió en mi ayuda. La librería que vendía los libros de texto tenía una sección de ficción que contenía una hilera entera de obras de Rendell. En ese instante supe que esos libros, y no *Don Quijote*, iban a ser aquello en lo que me vería inmersa durante los siguientes años.

La forma en que la escritura de Rendell engancha era algo que no experimentaba desde que, a los doce años, descubrí a Agatha Christie. Empecé a coleccionar sus libros, incluso los que firmó bajo el pseudónimo de Barbara Vine, y con ese fin me compré una estantería nueva. Muy pronto Rendell formó parte de mi lista oficial de autoras preferidas, junto a Enid Blyton y Agatha Christie. Vi la serie *Inspector Wexford* en televisión, me compré un casete con la banda sonora que escuchaba sin descanso en el coche.

Mi novio se volvía loco. Fui a la charla que Rendell dio en la librería Waterstones de Manchester, en la que dijo algo que nunca he olvidado: «Resulta vital enganchar al lector desde la primera línea. Si la primera frase no apasiona, el lector no persevera».

¡Y vaya forma de apasionar la de Rendell! La primera línea de *La mujer de piedra*, el primer párrafo de *Inocencia singular* (libro de Barbara Vine), el asombroso giro de *La casa secreta de la muerte*, la fascinante mezcla de pasado y presente de *El diario de Asta...* la lista no tiene fin. En el universo Rendell, lo raro es absolutamente habitual. Está en todas partes y atrae; se encuentra en todos nosotros, por más que intentemos ocultarlo. No existe un Nosotros (buenos) y un Ellos (malos): todos intentamos desesperadamente parecer normales y prácticos mientras luchamos con nuestras obsesiones retorcidas y extrañas preocupaciones. Por ese motivo, a muchos lectores la ficción de Rendell no les parece suficientemente tranquilizadora, aunque yo siempre he sentido lo contrario. Rendell lo entiende. En su ficción no adecenta a la gente. Comprende que la mayoría de la gente real es más rara de lo que la mayor parte de las novelas permiten que lo sean sus protagonistas. Como lectora, solo me siento tranquila con los escritores que de verdad comprenden cuán disfuncionales somos los seres humanos.

Rendell dominaba el relato corto tanto como la novela y en vida publicó siete colecciones de relatos. Los cuentos de esta recopilación no habían visto la luz en forma de libro hasta ahora y cada uno de ellos constituye un milagro de construcción narrativa: son concisos, están bien proporcionados y llenos de suspense. En sus relatos ofrece la

misma satisfacción narrativa que en sus novelas, algo que no ocurre con todos los escritores. Muchos cuentos solo nos aportan una fracción de vida, la instantánea de un momento. Por el contrario, los de Rendell tienen principio, nudo y desenlace y nos mantienen en ascuas durante toda la lectura.

Las historias de este libro resultan increíblemente absorbentes. Muchos protagonistas, a pesar de ser enrevesados, también son extrañamente ingenuos. Se meten en líos porque suponen que quienes los rodean son más virtuosos y menos calculadores que ellos. En un relato tras otro, fracasan al dar el salto imaginativo desde el hecho de saber de lo que son capaces ellos mismos a deducir que otros podrían ser capaces de una inmoralidad similar.

Un tema recurrente es el ego humano y el daño que puede hacer. En «Una pizca de locura», el relato que da título a la recopilación, el protagonista engaña a su esposa y flirtea con otras mujeres principalmente para presumir ante sus colegas masculinos: parece sentir que sus proezas sexuales no cuentan si no puede jactarse. En la mayoría de los relatos aparecen personajes que imaginan controlar sus propias vidas más de lo que en realidad lo hacen. Incumplen contratos sociales e interpersonales porque se consideran únicos y piensan que los demás les seguirán el juego, pero una y otra vez los protagonistas de Rendell descubren que quienes rompen promesas atraen a otros que también las rompen. La ley del karma tiene mucha fuerza en estos cuentos: nadie se sale con la suya. El protagonista de «El precio de la felicidad» infravalora lo que tiene solo porque lo tiene, aunque valora lo que ha

desechado y no puede recuperar. Este libro está lleno de egos desmedidos y las satisfactorias posibilidades narrativas que ofrecen.

Algunos opinan que los cuentos de misterio tradicionales ofrecen la satisfacción del triunfo del bien sobre el mal, mientras que los contemporáneos invitan a los lectores a simpatizar tanto con la víctima como con el infractor. En estos relatos, Rendell elige una tercera opción y muestra que, a menudo, tanto el asesino como la víctima son igual de malos, y preocuparse por cualquiera de ellos es una tontería. Resulta sencillo afirmar que Rendell es una misántropa, aunque esa sería una lectura simplista de su obra. Lo que en realidad parece decirnos es que en la naturaleza humana existe una vena egoísta y despiadada de la que todos debemos desconfiar. Retrata lo peor de todo cuanto puede ocurrir, invariablemente provocado por engaños peligrosos y decisiones desastrosas. Afirmer que siempre presenta lo peor de la gente es tan ridículo como sugerir que Edgar Degas creía que todas las mujeres deberían ser bailarinas de *ballet*.

En esta recopilación hay tres relatos de fantasmas. «Nunca duermas en una cama frente a un espejo» cuenta con apenas tres líneas y es magnífico. Escalofriante al máximo, nos demuestra lo mucho que es posible comunicar con unas pocas palabras. Es la mejor historia minúscula que he leído, incluso mejor que el famoso cuento de siete palabras de Ernest Hemingway sobre los zapatitos de bebé. Los otros dos relatos de fantasmas de este tomo son más largos: uno es convencional, el otro, no. En ambos, los fantasmas asumen el papel representando por el

ego humano en los cuentos no sobrenaturales y provocan que la gente cometa crímenes espantosos.

El último relato —sobre una familia que se niega a aceptar lo que sabe que es verdad: el fin del mundo tras una especie de desastre nuclear— constituye el final perfecto y escalofriante. Los protagonistas no mencionan su muerte inminente y fingen que no saben lo que ha ocurrido. Con este último cuento empezamos a sentir que cualquier ilusión que abriguemos, ya sea fantasmal o egoísta, podría resultar totalmente comprensible ante el horror que nos rodea y que podría tratarse de la destrucción nuclear, como en este relato, o de lo que sabemos del mundo, la vida, la muerte y demás personas.

Desde mi punto de vista, tal vez no lo bastante intelectual, es raro encontrar una selección de relatos que resulte tan satisfactoria como una novela, pero esta sale airosa de la prueba. Constituye la incorporación perfecta a las colecciones de todos los admiradores de Rendell y un punto de partida inmejorable para aquellos que aún no conocen su obra.

SOPHIE HANNAH

Nunca duermas en una cama frente a un espejo

A solas en la cama con dosel, alzó la mirada del libro y vio en el espejo a una ancianita sentada a su lado. Cerró los ojos, volvió a mirar y vio una cama vacía, perfectamente hecha con ropa limpia. El personal del hotel, atraído por sus gritos, no encontró a nadie, ni siquiera a ella.

Una pizca de locura

Los otros delegados de la conferencia de ventas pasaban la velada en el *Folies Bergère* y después irían a un club nocturno. A menos que lograra hacer amistad con alguien en el bar, algo improbable debido a la barrera del lenguaje, no tendría a quien relatar su experiencia de las horas previas. Mientras introducía el Renault en el aparcamiento subterráneo, Sandy Vaughan meditó al respecto con una amargura que amenazaba con eclipsar su estado de ánimo triunfal. Lo más importante para él era contar esa clase de historias cuando aún estaban recientes en cuerpo y alma. Si tenía que esperar al día siguiente, perdían interés. La oscuridad se apoderaba de ellas en proporción inversa a la luz del día y aquello que, de noche, evidencia sabiduría mundana y atractivo para conquistar, a las siete y media de la mañana se convierte en algo pasado, monótono e inútil.

El vestíbulo del Hotel Toronto, al que Sandy llegó en ascensor, estaba en penumbra. El conserje nocturno se sentaba tras el mostrador de recepción leyendo el *France Soir* y fumando un purito. Sandy pidió la llave de su cuarto y se dirigía de nuevo al ascensor cuando se fijó en que aún ha-

bía luz en el bar. Una última copa —un *whisky* doble, por ejemplo— lo ayudaría a dormir y le ofrecería consuelo por la falta de compañía. El bar parecía vacío, a excepción del camarero, un joven huraño que se entretenía exactamente del mismo modo que el conserje.

Sandy empujó la doble puerta de cristal. Se dirigió hacia la barra y entonces se dio cuenta de que el lugar no estaba desierto, como había pensado al principio. En una mesa del rincón más alejado, ante una copa vacía y un cenicero lleno, se sentaba Denis Crawford con aspecto de haber perdido mil francos en un billete de lotería falso, pensó Sandy. Pero eso no lo disuadió. Estaba encantado de encontrar tan inesperadamente a un amigo dispuesto a escucharlo. Se lanzó a cruzar la estancia mientras saludaba con la mano como si hiciera años que no veía a Denis.

—Vaya, vaya, vaya —se rio a la vez que daba una palmada en la espalda de Denis—. ¡Qué sorpresa encontrarte aquí!

—Me alojo aquí —dijo Denis.

—Ya lo sé, amigo, pero creí que te habrías ido con los chicos al *Folies*.

—Esas cosas no me llaman demasiado. —Al sentir un golpe en las costillas, Denis le hizo sitio a Sandy en el asiento tapizado—. Y tú, ¿no has ido?

Sandy esperaba una oportunidad similar. Bajó la voz ligeramente, se acercó más y dijo:

—He disfrutado de una pizca de locura por mi cuenta.

Denis no dijo nada. La mirada que le dedicó indicaba que creía que Sandy había ido a un espectáculo de estriptis, malentendido que Sandy quiso aclarar.

—Ya verás cuando te lo cuente, amigo —dijo—. Pero antes, nos tomamos una copa.

—Yo no quiero más, gracias, Sandy.

—Tonterías, claro que quieres. *Garçon* —gritó al camarero, cuyo rostro se volvió más huraño al oír el término empleado para llamarlo—. *Deux whisky sours* —añadió mientras alzaba dos dedos para que no quedase duda alguna.

Denis dijo:

—No creo que le haga gracia que lo llames así.

—Pues que se aguante, amigo. Puede que no hable francés tan bien como tú, porque no tuve la ventaja de estudiar en Francia, pero creo que lo hago de forma apropiada, más que apropiada.

—Estoy seguro de que te las arreglas, Sandy.

Otra entrada excelente.

—No lo sabes tú bien, Den, amigo. Te aseguro que no *parlez* como un condenado diccionario de francés no me ha supuesto ningún impedimento esta noche. Hay una actividad para la que basta un lenguaje universal y creo que podrás adivinar, a la primera, a qué me refiero.

El camarero depositó los *whisky sours* en la mesa con un golpe y, mientras Sandy murmuraba un seco «*merci*», Denis soltó una parrafada de la que Sandy captó la esencia: se disculpaba por mantener al chico huraño despierto hasta tan tarde. El rostro del camarero reflejó una expresión algo más cordial. Sandy se encogió de hombros, impaciente por la distracción. Le dio un sorbo a su bebida y volvió a intentarlo.

—Dios, cómo lo necesitaba después de lo que he estado haciendo.

—¿Qué has estado haciendo?

A Sandy no le importó el tono en el que Denis había preguntado, con un leve suspiro, como si se aburriera. Denis Crawford haría bien en recordar que era un ejecutivo auxiliar en la empresa, que únicamente llevaba nueve meses en ella y que, si estaba en París, era solo porque hablaba francés y por la amabilidad de Sandy al enchufarlo.

—Te lo contaré, muchacho. He hecho lo que hago siempre, cuando no tengo nada que hacer en una gran ciudad, a saber, pasar una velada de lo más agradable en brazos de una tía buena.

—¡¿Cómo?! —exclamó Denis.

—Vamos, muchacho, que ya me has oído. Estaba decidido a ir con los chicos al *Folies*, pero me sobraban diez minutos y entré en un bar de Montmartre para tomarme una copa rápida. Enseguida vi que una tía no me quitaba ojo. ¡Y estaba como un tren! —Sandy se rio al recordarlo—. Fuimos a su casa, un pisito encantador en lo alto de Montmartre y luego... bueno, ya te lo imaginas. No es necesario que entre en detalles. —Sin embargo, entró en ellos, aunque no demasiado—. La verdad es que me habría quedado toda la noche, pero su novio llegaba a las once y media. No me apetecía pasar un mal trago y ella dijo que es terriblemente celoso. Aunque me costó lo mío apartarme de una tía como aquella.

Para diversión de Sandy, Denis se había ruborizado. Parecía molesto, casi conmocionado, y cuando cogió un cigarrillo le temblaba la mano. Por fin dijo, en voz muy baja:

—¿Tienes por costumbre comportarte así?

—Cuando no estoy en Inglaterra, ya te lo he dicho. ¿Qué tiene de malo? Un hombre necesita un poco de consuelo después de una dura jornada laboral.

—No lo sabía. No tenía la menor idea.

Era como si Sandy hubiese confesado un crimen, alguna repugnante perversión. Sandy empezó a reírse de la ingenuidad del otro, pero la siguiente pregunta de Denis estuvo a punto de hacerlo enfadar.

—¿Qué opina Diana de esos... esos tejemanejes?

—No imaginarás que le cuento a mi esposa esa clase de secretos.

—Pero ella te quiere, siente auténtica devoción por ti.

—Qué menos —contestó Sandy, fastidiado por un interrogatorio tan crítico—. Le he dado dos hijos estupendos, ¿o no? Y una casa muchísimo mejor que la de su padre, coche propio y todo cuanto quiera gastarse en ropa. ¿Qué más puede querer?

Denis Crawford aún no había tocado su copa. Alzó el brazo derecho en un gesto extraño, como si buscara rechazar un golpe y, al dejarlo caer de nuevo sobre la mesa mientras pronunciaba la palabra «fidelidad», lanzó el vaso y su contenido al suelo. Se oyó el tintineo del cristal al romperse y sobre la moqueta se formó un pequeño charco de líquido. Sin duda se había tratado de un accidente, tal y como Sandy, que no lamentaba la interrupción, se apresuró a comentar.

El camarero dejó el periódico, se bajó del taburete y se acercó para recoger el vaso roto. Observó la moqueta con pesimismo, desechó la idea de limpiar el líquido y, por el contrario, lo extendió aún más con la punta del zapato.

—*Encore, un whisky sour* —dijo Sandy.

—Para mí no. Me voy a la cama.

Sandy lo vio irse. No anuló la copa, sino que se la bebió él. Bueno, no volvería a confesarse con Denis Crawford, ese maldito malpensado. A Sandy le gustó tanto su combinación aliterativa que la repitió varias veces en voz baja: maldito malpensado, maldito malpensado maleducado.

Claro que toda esa censura moralista se resumía en envidia. Denis podía ser alto, moreno y atractivo y contar solo veintiocho años, pero no tenía la menor idea de manejarse en la vida. Sandy recordó lo tonto que era cuando llegó a Londres y se alojó con Diana y él antes de encontrar casa propia. Incluso entonces había rechazado todas las propuestas y acercamientos amistosos para enseñarle la ciudad, y prefería frecuentar cines extravagantes o quedarse en casa con Diana y los niños. Pobre Diana, seguro que acabó harta de que él la siguiera a todas partes como un perro.

Sí, Denis Crawford era un pobre diablo. No bebía, nunca iba con mujeres, no sabía que estaba vivo. Incluso podría ser marica. Esa idea animó tanto a Sandy que se dignó a desearle un alegre *bon soir* al camarero antes de subir a su cuarto y caer rendido.

Al día siguiente se levantaron de la mesa de conferencias a la hora de almorzar y Sandy, sin muchas ganas de acompañar a los otros en su excursión organizada a la torre Eiffel, se dirigió al teléfono. Primero llamó a su mujer. Una cosa era divertirse un poco cuando no te atan en corto y otra muy distinta descuidar a la esposa. Sandy despreciaba a los hombres que descuidaban a sus esposas. La pobre Diana se preocupaba muchísimo por él si no la telefoneaba con regularidad.

—Hola, cariño —le dijo en tono alegre y cordial en cuanto ella respondió—. ¿Cómo va todo?

Curiosas criaturas, las mujeres: nunca se sabe cómo van a reaccionar. Se había quejado sin fin cuando le dijo que ese año la conferencia duraría una semana y sin embargo ahora su «Oh, eres tú», sonaba a decepción. Por el motivo que fuese. Pero no tenía sentido permitir que te sacasen de quicio, y buscar las causas de esos curiosos cambios de humor resultaba inútil.

Decidió parlotear sin descanso sobre París y darle la impresión de que había estado en Versalles y en alguno de esos museos. Cuando su mujer le dijo que los niños estaban bien, al igual que ella, y él hubo prometido llevarle un perfume de Rochas, Sandy colgó el teléfono con la sensación del deber cumplido. Ahora ya podía ocuparse del placer.

El número de teléfono de Marie Laure estaba anotado en la parte de atrás de su agenda, oculto tras el ingenioso código que siempre utilizaba. Tomaba las dos parejas de dígitos y restaba diez a cada una. Así de sencillo, querido Watson. Soy Hawkshaw el detective y nadie me toma el pelo. Sandy sumó los dos dieces y marcó el número descifrado.

Ella estaba en casa. *Évidemment*, le encantaría ver a Sandy esa noche. ¿Le iba bien a las siete? Entendía, *n'est ce pas*, que su novio volvería a casa sobre las diez, por lo que debía irse pronto, pero si tres horas de su compañía le parecían bastante...

Inmensamente satisfecho de sí mismo, Sandy se acercó a recepción, pidió que le lavaran el coche e hizo efectivos varios cheques de viaje. Cuando había enumerado

los encantos de Marie Laure ante Denis Crawford, omitió mencionar que resultaban muy caros. Salió a la avenida Kleber y compró una botella de champán. Luego se dio un baño y echó una cabezada.

Sandy nunca iba a ninguna parte sin tomarse antes una copa rápida. En el bar encontró a Denis Crawford, que tomaba una cerveza con Malcolm Shaw, el director comercial de la empresa. Denis lo miró de una forma tan fría y agresiva que Sandy no se resistió a la tentación de contarles a dónde iba.

—Así se hace —dijo Malcom—. Solo se vive una vez.

—Si eso os parece vivir... —comentó Denis.

El otro le guiñó un ojo a Sandy sin que Denis lo viera.

—Hace un año, yo habría hecho lo mismo, Sandy. Aunque tengo mis ventajas. —Miró el reloj—. Lo que me recuerda que es hora de llamarla.

Sandy lo vio marchar apresurado hacia el teléfono.

—¿Lo ves? —dijo—. No soy el único.

—Él no está casado —contestó Denis Crawford.

—¡Oh, eres demasiado puro para esta vida! No me extraña que los habitantes de París le hayan puesto tu nombre a un barrio. Saint Denis. —Se rio con ganas de su propia broma—. Aunque yo prefiero Montmartre y la Rue Ninon de l'Enclos. —Se bajó de su taburete—. Hasta otra.

La Rue Ninon de l'Enclos estaba abarrotada de coches, pero Sandy se las arregló para encontrar un sitio donde aparcar. Marie Laure lo esperaba —a él, a su dinero y a su champán— y le hizo pasar esa clase de velada que siempre le levantaba el ánimo. Cuando volvió a salir a la calle y se encaminó a su coche, eran las diez menos cinco.

Se detuvo en seco a un par de metros de él. En uno de los guardabarros del Renault había un arañazo largo e irregular. Dejó escapar un grito ahogado de ira y se lanzó hacia delante sin mirar, a punto de sucumbir bajo las ruedas de un taxi. El conductor lo insultó y Sandy le devolvió los insultos al tiempo que lo amenazaba con el puño. De cerca, el arañazo era incluso peor de lo que le había parecido. Desde luego no lo solucionaría con un poco de pintura. Iba a tener que cambiar el guardabarros.

Sandy maldijo generosamente. Los franceses no sabían conducir. Algún pirado, como el taxista de antes, se habría lanzado Rue Ninon de l'Enclos abajo mientras Sandy estaba con Marie Laure y pasado demasiado cerca del Renault.

Hasta que no estuvo en el interior del automóvil, en el asiento del conductor, no vio la nota, un pequeño trozo de papel sujeto al parabrisas por uno de los limpias. Sandy sacó la mano por la ventanilla, lo asió y lo rasgó ligeramente al arrancarlo de debajo del limpia. Decía: «Mil disculpas. Pagaré los daños. Reúnase mañana conmigo a las 19:00 en Le Garage Rivery, Rue des Chattes, XVIII^e Arrondissement».

No había firma ni número de teléfono. Aunque bastaba. Lo consolaba ligeramente por la cicatriz en la carrocería pulida e intacta del Renault.

Al volver, encontró a Malcolm Shaw sentado en el salón del hotel y le mostró la nota.

—Ven a ver lo que ha hecho *Monsieur* Mil Disculpas —le dijo y bajaron juntos al aparcamiento.

Denis Crawford eligió ese preciso instante para entrar en el aparcamiento y coger algo en su Mini. Sandy hizo caso omiso de él, incluso cuando se les acercó.

Malcolm emitió unos ruiditos solidarios. Estuvo de acuerdo en que el arañazo era un espanto y los dos juntos examinaron la pintura desconchada. Denis se preguntó si el golpe en el guardabarros habría alterado la alineación y, aunque Sandy se burló de la idea, permitió que Denis entrara en el coche y moviese el volante de un lado al otro, mientras miraba de reojo a través del parabrisas. Cualquier cosa con tal de mantenerlo callado. Malcolm realizó algunas sugerencias útiles y calculó los daños en unas cincuenta libras.

—Deberías hacer que te las pague, Sandy —le dijo—. Siempre has tenido suerte.

—Es mejor nacer con suerte que rico, ¿no?

—Tú tienes suerte y eres rico.

Muy propio de Denis Crawford, salir del coche en ese momento e interrumpir la diversión con un serio:

—¿Se te ha ocurrido pensar que podría ser una trampa?

—¿Una qué?

—Una forma de encontrarse contigo a solas y darte una paliza. Quizás incluso robarte.

—¿Y por qué iba a querer *Monsieur* Mil Disculpas pegarle a Sandy? —preguntó Malcolm.

—Porque es posible que se trate del novio celoso de la amiga de Sandy.

—Estás loco —dijo Sandy—. Vas demasiado al cine.

—Piénsalo, Sandy. Si tiene buenas intenciones, ¿por qué no ha dejado ni su nombre ni su número de teléfono? Y ¿por qué ha escrito la nota en inglés? Tu coche es francés.

—Pues porque se fijó en que la matrícula es inglesa —dijo Malcolm.